

LITERATURA ESPAÑOLA
TEXTOS PARA COMENTAR

EDAD MEDIA

CANTAR DE MÍO CID

EL HÉROE, DESTERRADO

Los *mestureros* o envidiosos han sembrado la discordia entre el Cid y el rey Alfonso VI. Al caer aquel en desgracia, debe abandonar Castilla. Faltan en el manuscrito del *Poema* los primeros versos, en los cuales el héroe convoca a sus parientes y vasallos en Vivar para saber quiénes deseaban acompañarle en el exilio: todos deciden ir con él. Al salir de Vivar, Rodrigo deja abandonados sus palacios; he aquí los primeros versos conservados del *Poema*, en su lengua original:

De los sos ojos tan fuertemiente llorando,
tornaba la cabeça i estábalos catando.
Vio puertas abiertas e uços sin cañados,
alcándaras vazias sin pieles e sin mantos
e sin falcones e sin adtores mudados.
Sospiró mio Cid, ca mucho habié grandes cuidados.
Fabló mio Cid bien e tan mesurado:
--"¡Grado a ti, Señor Padre, que estás en alto!
Esto me han vuelto mios enemigos malos."

El Cid llora, pues, al ver sus palacios desmantelados. Tras ese desfallecimiento inicial, el héroe se sobrepone a la adversidad:

Movió mio Cid los hombros y alzó la cabeza:
--"¡Albricias, Alvar Fáñez! Nos echan de nuestra tierra,
pero con mucha honra volveremos a ella."

Al entrar en Burgos, con sus tropas presididas por sesenta estandartes, las gentes, entristecidas, salen a ver pasar a su héroe:

De las bocas de todos, salía como razón:
--"Dios, qué buen vasallo si tuviera buen señor!"

Pero nadie se atreve a ofrecerle alojamiento: el rey lo ha prohibido. Se dirigen a una casa y llaman a la puerta; tras mucho insistir, la abre una niña.

Lo albergarían con gusto, pero ninguno osaba:
del rey don Alfonso, tan grande era la saña.
Al atardecer, a Burgos llegó de él una carta
con gran sigilo, y fuertemente sellada,
con orden de que al Cid nadie le diera posada.
Y que el que se la diese, supiera que se arriesgaba
a perder sus haciendas, y aun los ojos de la cara,
y aun, además, los cuerpos y las almas.
Gran pesar tenían las gentes cristianas;

se esconden de mio Cid: no osan decirle nada.
 El Campeador se dirigió a su posada,
 y al llegar a la puerta, la halló bien cerrada:
 por miedo al rey Alfonso, así la dejaran;
 ellos no la abrirían, si él no la forzaba.
 Los guerreros del Cid con grandes voces llaman;
 los de dentro, no les contestaban palabra.
 Espoleó el Cid su caballo, a la puerta se llegaba,
 sacó el pie del estribo, y le dio una patada.
 No se abre la puerta, pues está bien cerrada.
 Una niña de nueve años, a sus ojos se mostraba:
 --"¡Tente, Campeador, que en buena hora ciñes espada!
 El rey lo ha prohibido: de él entró anoche una carta,
 en gran sigilo y fuertemente sellada.
 No osaríamos abriros ni acogeros por nada.
 De hacerlo, perderíamos haciendas y casas,
 y aún, además los ojos de la cara.
 ¡Cid, en nuestro mal, vos no ganaréis nada!
 Dios creador os valga, con todas sus virtudes santas."
 Esto dijo la niña y volvióse para casa.
 Bien ve el Cid que, del rey, ya no tiene la gracia.
 Marchóse de la puerta, y por Burgos entraba,
 llegó a Santa María, allí descabalgaba.
 Se hincó de rodillas, de corazón rogaba.

EL CID, GUERRERO Y POLÍTICO

La guerra es para el Cid un medio necesario de subsistencia, como profesión por excelencia de un caballero. Pelea con los moros para sustentarse y mantener a los suyos, y para obtener, paulatinamente, la gracia del rey. En la España ocupada por los árabes, Rodrigo y sus guerreros consiguen mantenerse y triunfar, unas veces con el valor de su brazo y otras con sus habilidades políticas. Son abundantes las batallas que el *Poema* describe; he aquí algunos fragmentos de la de Alcocer.

Se ponen los escudos ante sus corazones,
 y bajan las lanzas envueltas en pendones,
 inclinan las caras encima de los arzones,
 y cabalgan a herirlos con fuertes corazones.
 A grandes voces grita el que en buena hora nació:
 --"¡Heridlos, caballeros, por amor del Criador!
 ¡Yo soy Ruiz Díaz, el Cid, de Vivar Campeador!" [...]
 Allí vierais tantas lanzas hundirse y alzar,
 tantas adargas hundir y traspasar,
 tanta loriga abollar y desmallar,
 tantos pendones blancos, de roja sangre brillar,
 tantos buenos caballos sin sus dueños andar.
 Gritan los moros: "¡Mahoma!"; "¡Santiago!" la cristiandad. [...]
 A Minaya Alvar Fáñez matáronle el caballo,
 pero bien le socorren mesnadas de cristianos.
 Tiene rota la lanza, mete a la espada mano,
 y, aunque a pie, buenos golpes va dando.

Violo mio Cid Ruy Díaz el Castellano,
se fijó en un visir que iba en buen caballo,
y dándole un mandoble, con su potente brazo,
partióle por la cintura, y en dos cayó al campo.
A Minaya Alvar Fáñez le entregó aquel caballo:
--"Cabalgad, Minaya: vos sois mi diestro brazo."

CONQUISTA DE VALENCIA. SE REÚNE CON ÉL SU FAMILIA

La fama de las victorias del Cid y los presentes que le envía, van recobrando la voluntad del rey. De todos sus triunfos, ninguno tan notable como el que ha obtenido al conquistar Valencia. Alfonso VI, a ruegos de Rodrigo, consiente en que doña Jimena y sus hijas se reúnan con él. Pero una amenaza acecha a Valencia: el rey almorávide de Marruecos, Yusef, desea ocuparla. El Cid contempla las fuerzas enemigas y exclama:

--"¡Gracias al Creador, al Padre espiritual!
Todos los bienes que tengo, delante de mí están.
Con esfuerzo, Valencia conquisté: es ya mi heredad;
antes he de morir que volverla a dejar.
Al Creador y a la Virgen me es forzoso alabar,
pues mi mujer y mis hijas conmigo las tengo acá.
La suerte me ha venido de tierras de allende el mar.
Me arrojaré a las armas, no las he de dejar;
mi mujer y mis hijas me verán pelear:
ya verán lo que cuesta en estas tierras morar,
han de ver con sus ojos cómo se gana el pan."
Al alcázar con ellas subió para observar,
mirando con sus ojos, tiendas vieron montar.
--"¿Qué es esto, Cid? ¡Dios tenga de vos piedad!"
--"Mi mujer, muy honrada, no tengáis ningún pesar!
Es más riqueza que nos viene, a aumentar nuestro caudal.
Tan pronto como has llegado, un presente os quieren dar.
Para las hijas casaderas, os traen un buen ajuar."
--"Gracias a vos, Cid, y al Padre espiritual."
--"Quedaos en el alcázar, en el palacio aguardad;
y no tengáis miedo alguno porque me veáis luchar;
por la merced de Dios y de su Madre virginal,
me crecerá el corazón, pues me vais a contemplar.
¡Con la ayuda de Dios, esta batalla la tengo que ganar!"

Efectivamente, Rodrigo, a quien acompaña el obispo don Jerome, gran guerrero, derrota a los moros y logra un rico botín. El Cid vuelve a enviar regalos al rey, que ya no hace caso de los intrigantes.

LAS BODAS DE LAS HIJAS DEL CID

Alfonso VI decide entrevistarse con su heroico vasallo a orillas del Tajo. La entrevista es muy cordial, y en ella se pactan las bodas de doña Elvira y doña Sol con los infantes de Carrión. Estos no agradan al Cid, pero, como buen súbdito, no quiere incurrir de nuevo en la ira del rey, que ha pedido

aquel casamiento. Los matrimonios se celebran, y transcurren dos años muy felices para los desposados en Valencia.

COBARDÍA DE LOS INFANTES DE CARRIÓN

Al fin, los infantes descubren su mala índole. Son cobardes: un día se escapa un león que el Cid tiene en una jaula... Pero he aquí cómo narra el juglar este divertido episodio (que luego tendrá consecuencias dramáticas para las hijas de Rodrigo).

En Valencia, con los suyos, el Cid permaneció,
estaban también sus yernos, los infantes de Carrión.
Un día, en un escaño, dormía el Campeador;
un mal accidente sabed que les ocurrió:
salióse de la jaula, y quedó libre un león.
A todos los presentes, les asaltó gran temor;
se ponen el manto al brazo los del Campeador,
y rodean el escaño protegiendo a su señor.
Fernán González, infante de Carrión,
no halló dónde subirse, ni abierta alguna habitación;
se escondió bajo el escaño: tanto era su pavor.
Diego González por una puerta salió,
diciendo a grandes gritos: "¡Ya no veré más Carrión!"
Tras una viga lagar se metió con gran pavor;
el manto y el brial muy sucios los sacó.
En esto, despertó el que en buena hora nació.
El escaño rodeado de sus guerreros vio.
--"¿Qué ocurre, caballeros, por qué esta alteración?"
--"Sucede, señor honrado, que un susto nos dio el león."
Hincó el codo mio Cid, tranquilo se levantó;
el manto traía al cuello, y se dirigió al león;
apenas lo vio este, gran vergüenza sintió.
Ante mio Cid, la cabeza bajó y el rostro hincó.
Mio Cid don Rodrigo del cuello lo tomó,
llevándolo de su mano, a la jaula lo volvió.
Todos asombrados quedan al ver a su señor,
y al palacio retornan loando su valor.
Mio Cid por sus yernos preguntó y no los halló;
aunque los llamó a altas voces, ninguno respondió.
Cuando los encontraron, estaban sin color;
nunca hubo tal rechifla como la que allí se armó,
pero ordenó que cesara mio Cid el Campeador.
Muchos tuvieron por deshonrados a los infantes de Carrión,
se sienten humillados por lo que aconteció.

LA AFRENTA DE CORPES

Ante un nuevo ataque de los moros a Valencia, Rodrigo pasa por la vergüenza de que sus yernos tengan miedo. La situación de estos se hace insufrible, y traman una infame venganza. Con el pretexto de mostrar las posesiones de Carrión a sus esposas, piden al Cid que les permita abandonar Valencia. El héroe concede la autorización, aunque siente oscuros recelos; pero carece de argumentos para oponerse a aquella petición. Al llegar al robledo de Corpes (en Soria, cerca de San Esteban de Gormaz), los infantes cometen la felonía: despiden a todos los criados y se quedan solos con sus esposas, las golpean sin piedad y las abandonan.

VENGANZA Y FELICIDAD FINAL

Este salvaje atentado no podía quedar sin venganza. Dos adalides del Cid vencen a los de Carrión, en presencia del rey, a quien ha encolerizado la bajeza de los infantes. Y Rodrigo y los suyos regresan a Valencia, donde Elvira y Sol alcanzarán un matrimonio venturoso con los infantes de Navarra y Aragón. El *Poema* acaba proclamando tan felices nuevas:

Hicieron sus casamientos doña Elvira y doña Sol;
los primeros fueron buenos, pero estos son aún mejor,
con mayor honra se casan que en la primera ocasión.
Y ved cómo la honra aumenta al que en buen hora nació,
al ser sus hijas señoras de Navarra y de Aragón.
Y, así, los reyes de España ahora sus parientes son,
a todos alcanza honra por el que en buen hora nació.

JORGE MANRIQUE

COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE

1. Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

2. Pues, si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duro lo que vio,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

3. Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros, medianos
y más chicos,
allegados son iguales,
los que viven por sus manos
y los ricos.

4. Dejo las invocaciones
de los famosos poetas

y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores;
a Aquel sólo me encomiendo,
aquel sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo,
el mundo no conoció
su deidad.

5. Este mundo es el camino
para el otro, que morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

6. Este mundo bueno fue
si bien usásemos de él
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.
Y aun aquel Hijo de Dios
para subirnos al cielo
descendió
a nacer acá entre nos,
y a vivir en este suelo
do murió.

7. Si fuese en nuestro poder
tornar la cara hermosa
corporal,
como podemos hacer
el ánima gloriosa
angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos toda hora
y tan presta
en componer la cautiva,
dejándonos la señora
descompuesta!

8. Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que, en este mundo traidor,
aun primero que muramos
las perdemos:
de ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen,
de ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

9. Decidme, la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

10. Pues la sangre de los godos
y el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías y modos
se sume su gran alteza
en esta vida!
¡Unos, por poco valer,
por cuán bajos y abatidos
que los tienen!
Y otros, por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

11. Los estados y riquezas,
que nos dejan a deshora,
¿quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
pues que son de una señora
que se muda;
que bienes son de Fortuna
que revuelve con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una,
ni estar estable ni queda

en una cosa.

12. Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa
con su dueño:
por eso no nos engañen,
pues se va la vida apriesa
como sueño.
Y los deleites de acá
son en que nos deleitamos
temporales,
y los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.

13. Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,
y la muerte la celada
en que caemos?
No mirando nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

14. Esos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
con casos tristes llorosos
fueron sus buenas venturas
trastornadas;
así que no hay cosa fuerte,
que a papas y emperadores
y prelados
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

15. Dejemos a los troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dejemos a los romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias;
no curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fue de ello;

vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

16. ¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
como trajeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras,
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

17. ¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

18 Pues el otro su heredero
don Enrique, ¡qué poderes
alcanzaba!
¡Cuán blando, cuán halaguero
el mundo con sus placeres
se le daba!
Mas veréis cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se le mostró,
habiéndole sido amigo,
cuán poco duró con él
lo que le dio.

19. Las dádivas desmedidas,
los oficios reales
llenos de oro,
las vajillas tan fabridas
los enriques y reales
del tesoro,

los jaeces, los caballos
de su gente, y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos a buscarlos?
¿Qué fueron sino rocíos
de los prados?

20. Pues su hermano el inocente,
que en su vida sucesor
se llamó,
¡qué corte tan excelente
tuvo, y cuánto gran señor
le siguió!
Mas, como fuese mortal,
metiólo la Muerte luego
en su fragua.
¡Oh juicio divinal!
cuando más ardía el fuego
echaste agua.

21. Pues aquel grand condestable,
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que de él se hable,
sino sólo que lo vimos
degollado.
Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿Fuéronle sino pesares
al dejar?

22. Pues los otros dos hermanos,
maestres tan prosperados
como reyes,
que a los grandes y medianos
trajeron tan sojuzgados
a sus leyes,
aquella prosperidad
que tan alta fue subida
y ensalzada,
¿qué fue sino claridad,
que estando más encendida
fue amatada?

23. Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes,
y varones
como vimos tan potentes,

di, Muerte, ¿dó los escondes
y traspones?
Y las sus claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruda, te ensañas,
con tu fuerza las atierres
y deshaces.

24. Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y banderas,
los castillos impugnables,
los muros y baluartes
y barreras,
la cava honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
que, si tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

25. Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente,
sus hechos grandes y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
cuáles fueron.

26. ¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Qué benigno a los sujetos,
y a los bravos y dañosos
qué león!

27. En ventura Octaviano,
Julio César en vencer

y batallar,
en la virtud Africano,
Aníbal en el saber
y trabajar,
en la bondad un Trajano,
Tito en liberalidad
con alegría,
en su brazo Aureliano,
Marco Atilio en la verdad
que prometía.

28. Antonio Pío en clemencia,
Marco Aurelio en igualdad
del semblante,
Adriano en elocuencia,
Teodosio en humildad
y buen talante.
Aurelio Alexandre fue
en disciplina y rigor
de la guerra,
un Constantino en la fe,
Camilo en el gran amor
de su tierra.

29. No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó grandes riquezas
ni vajillas,
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció,
muchos moros y caballos
se perdieron,
y en este oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron.

30. Pues por su honra y estado,
en otros tiempos pasados
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.
Después que hechos famosos
hizo en esta dicha guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos,
que le dieron aún más tierra
que tenía.

31. Estas sus viejas historias,
que con su brazo pintó
en juventud,
con otras nuevas victorias
ahora las renovó
en senectud.
Por su gran habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcanzó la dignidad
de la gran caballería
de la Espada.

32. Y sus villas y sus tierras,
ocupadas de tiranos
las halló,
mas por cercos y por guerras
y por fuerza de sus manos las cobró.
Pues nuestro rey natural
si de las obras que obró
fue servido,
dígalo el de Portugal,
y en Castilla quien siguió
su partido.

33. Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero,
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero,
después de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuanta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la Muerte a llamar
la su puerta,

34. diciendo: "Buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago:
vuestro corazón de acero
muestre su esfuerzo famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud

para sufrir esta afrenta
que os llama.

35. "No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejáis.
Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

36. "El vivir, que es perdurable,
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable,
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos
con trabajos y aflicciones
contra moros.

37. "Y, pues vos, claro varón,
tanta sangre derramasteis
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganasteis
por las manos;
y con esta confianza
y con la fe tan entera
que tenéis,
partid con buena esperanza,
que estotra vida tercera
ganaréis."

38. [*Responde don Rodrigo*]
"No gastemos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir

con voluntad placentera
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura."

39. [*Dirigiéndose a Cristo*]

"Tú, que por nuestra maldad
tomaste forma servil
y bajo nombre,
Tú que a tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como el hombre,
Tú, que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia
me perdona."

40. [*Final*]

Así, con tal entender
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer,
de sus hijos y hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio,
el cual la ponga en el cielo
en su gloria,
y aunque la vida murió,
nos dejó harto consuelo
su memoria.

FERNANDO DE ROJAS

LA CELESTINA

ENCUENTRO DE CALISTO Y MELIBEA

CALISTO.- En esto, veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.- ¿En qué, Calisto?

CALISTO.- En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y facer a mi inmérito tanta merced que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin dubda, incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por este lugar alcanzar yo tengo a Dios ofrecido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como agora el mío? Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina, no gozan más que yo agora en el catamiento tuyo. Mas, oh triste, que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza, y yo, mixto, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA.- ¿Por gran premio tienes este, Calisto?

CALISTO.- Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA.- Pues aún más igual galardón te daré yo si perseveras.

CALISTO.- ¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA.- Mas desventuradas de que me acabes de oír. Porque la paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento. Y el intento de tus palabras ha seído, como de ingenio de tal hombre como tú, haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo. ¡Vete, vete de ahí, torpe! Que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en corazón humano, conmigo el ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO.- Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

LA VIEJA CELESTINA

El mancebo, así rechazado, comunica sus cuitas con el criado Sempronio; este le propone que pida ayuda a Celestina, maestra en vencer la resistencia de las mujeres. Otro criado, Pármeno, previene a su señor contra ella, y se le describe en este parlamento.

PÁRMENO.- Si, entre cien mujeres, va y alguno dice: "¡Puta vieja!", sin ningún empacho luego vuelve la cabeza y responde con alegre cara. En los convites, en las fiestas, en las bodas, en las cofradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gente, con ella pasan tiempo. Si pasa por los perros, a aquello suena su ladrido; si está cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando la pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: "¡Puta vieja!". Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar. Si va entre los herreros, aquello dicen sus

martillos. Carpinteros y armeros, herradores, caldereros, arcadores...; todo oficio de instrumentos forma en el aire su nombre. Cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores; tejedores, labradores en las huertas, en las aradas, en las segadas, con ella pasan el afán cotidiano. Al perder en los tableros, luego suenan sus loores. Todas cosas que son facen, a doquier que ella está, el tal nombre representan. ¡Oh, qué comedor de huevos asados era su marido! ¿Qué quieres más? Sino que, si una piedra topa con otra, luego suena: "¡Putá vieja!"

Pero la resistencia de Pármeno a que su amo se relacione con Celestina es vencida por ésta y por Sempronio, que se ponen de acuerdo para explotar a Calisto. La vieja, ya su tercera, se entrevista con Melibea. Comienza a hablar con ella tratando de inspirarle lástima por ser vieja.

CELESTINA.- A la mi fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

MELIBEA.- ¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo, con tanta eficacia, gozar o ver desea?

CELESTINA.- Desean harto mal para sí, desean harto trabajo. Desean llegar allá porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejecen. Así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más, aunque con dolor. Todo por vivir, porque, como dicen, "viva la gallina con su pepita". Pero, ¿quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre; aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos su primera y fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora!, si lo dicho viene acompañado de pobreza, allá verás callar todos los otros trabajos cuando sobra la gana y falta la provisión, que jamás sentí peor ahíto que de hambre.

MUERTE DE CELESTINA

Celestina da cuenta a Calisto de la buena marcha de sus tercerías. El mancebo, loco de contento, vuelve a hacerle regalos. Celestina va a ver de nuevo a Melibea, que no puede ocultarle ya su amor a Calisto. Y al final, queda concertada una entrevista de los amantes en el huerto de Melibea, que no puede celebrarse y queda aplazada para la noche siguiente. Celestina ha cobrado su salario final: una cadena de oro. Pero Pármeno y Sempronio, los criados de Calisto, quieren participar en la ganancia. Y van a casa de la vieja a exigirle parte del botín. Sin embargo, ella se niega rotundamente a darles nada, aunque trata de engatusarlos con buenas palabras (estamos en el acto XII).

SEMPRONIO.- Déjate conmigo de razones. A perro viejo, no cuz cuz. Danos las partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quién tú eres. A los otros, a los otros con esos halagos, vieja.

CELESTINA.- Calla tu lengua, no amengües mis canas. Que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere, no lo busco. De mi casa me vienen a sacar, en mi casa ruegan. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón. Y no pienses con tu ira maltratarme, que justicia hay para todos, y a todos es igual: tan bien yo

oída, aunque mujer, como vosotros muy peinados. Y tú Pármeno, no pienses que soy tu cativa, por saber mis secretos y mi vida pasada, y los casos que nos acaecieron a mí a la desdichada de tu madre.

PÁRMENO.- No me hinches las narices con esas memorias. Si no, enviarte he con nuevas a ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA.- (*Llamando*) ¡Elicia!, ¡Elicia! Levántate desa cama, daca mi manto presto, que, por los santos de Dios, para la justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con qué vieja mansa tenéis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con qué vieja de sesenta años? ¡Allá, allá, con los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mí! Señal es de gran cobardía acometer a los menores y a los que poco pueden. Las sucias moscas nunca pican sino a los bueyes magros y flacos, los gozques labradores a los pobres peregrinos aquejan con mayor ímpetu [...]. Como nos veis mujeres, habláis y pedís demasías. Lo cual, si hombre sintieseis en la posada, no haríais. Que, como dicen, el duro adversario entibia las iras y sañas.

SEMPRONIO.- ¡Oh vieja avarienta, muerta de sed por dinero! ¿No serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA.- ¡Qué tercia parte! Vete con Dios de mi casa tú. Y esotro no dé voces, no allegue la vecindad. No me hagáis salir de seso, no queráis que salgan a plaza las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO.- Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste, o cumplirás hoy tus días.

CELESTINA.- ¡Justicia, justicia señores vecinos! ¡Justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO.- ¡Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno!

CELESTINA.- ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!

PÁRMENO.- Dale, dale, acábala, pues comenzaste, que nos sentirán. ¡Muera, muera! De los enemigos, los menos.

CELESTINA.- ¡Confesión!

PASIÓN DE CALISTO Y MELIBEA

Los asesinos de Celestina son decapitados por la justicia. Esto no detiene a Calisto, que acude al jardín de Melibea. Estando con ella, oye que sus criados riñen en la calle con unos rufianes. Echa una escala de cuerda para bajar, pero se cae:

CALISTO.- ¡Oh, válgame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

TRISTÁN.- Llégate pronto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído de la escala, y no habla ni se bulle.

SOSIA.- ¡Señor, señor! Tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh gran desventura!

LUCRECIA.- (*A Melibea*) ¡Escucha, escucha! ¡Gran mal es este!

MELIBEA.- ¿Qué es esto? ¿Qué oigo? ¡Amarga de mí!

TRISTÁN.- ¡Oh, mi señor y mi bien muerto! ¡Oh, mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confesión! Coge esos sesos de esos cantos y júntalos con la cabeza del desdichado amo nuestro. ¡Oh día aciago! ¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA.- ¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué puede ser tan áspero acontecimiento como oigo? Ayúdame a subir, Lucrecia, por estas paredes veré mi dolor. Si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. ¡Mi bien todo es ido en humo! ¡Consumióse mi alegría!

Melibea se encierra en una torre. Por una ventana, confiesa a su padre todo lo sucedido, y acaba arrojándose por ella. La obra termina con el llanto de Pleberio, que expresa el fin moral de la obra: prevenir contra la pasión que ha destruido a aquellos infelices amadores.

PLEBERIO.- ¡Oh mi hija y mi bien todo...! ¿Para quién edificué torres? ¿Para quién adquirí honras? ¿Para quién planté árboles? ¡Oh tierra dura! ¿Cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? Oh fortuna variable, ¿por qué no destruiste mi patrimonio? ¿Por qué no quemaste mi morada? ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? [...]

¡Oh amor, amor! ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías a tus sirvientes. Si los amases, no les darías pena. Si alegres viviesen, no se matarían, como ahora mi amada hija. ¿En qué pararon tus sirvientes y sus ministros? La falsa alcahueta Celestina murió a manos de los más fieles compañeros que ella, para su servicio emponzoñado, jamás halló. Ellos murieron degollados; Calisto despeñado... Esto todo causas. Dulce nombre te dieron; amargos hechos haces.

Del mundo me quejo, porque en sí me crió; porque no me dando vida, no naciera Melibea; no nacida, no amara; no amando, cesara mi queja. ¡Oh mi compañera buena, y mi hija despedazada! ¿Por qué no hubiste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel como tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste penado? ¿Por qué me dejaste triste y solo *in hac lacrymarum valle*?

RENACIMIENTO

GARCILASO

SONETO I

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me han traído,
hallo, según por do anduve, perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado;
mas cuando del camino está olvidado,
a tanto mal no sé por dó he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme
si quisiere, y aún sabrá querello;
que, pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué hará sino hacedlo?

SONETO IV

Un rato se levanta mi esperanza,
mas, cansada de haberse levantado,
torna a caer, que deja, mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
del bien al mal? ¡Oh corazón cansado,
esfuerza en la miseria de tu estado,
que tras fortuna suele haber bonanza!

Yo mesmo emprenderé a fuerza de brazos
romper un monte que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso;
muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros como quiera,
desnudo espíritu u hombre en carne y hueso.

SONETO VIII

De aquella vista pura y excelente
salen espíritus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente;
éntranse en el camino fácilmente
por do los míos, de tal calor movidos,
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.

Ausente, en la memoria la imagino;
mis espíritus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida;
mas no hallando fácil el camino,

que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.

SONETO X

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería,
juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas!

¿Quién me dijera, cuando las pasadas
horas que en tanto bien por vos me vía,
que me habiades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
lleváme junto el mal que me dejastes;

si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

SONETO XXIII

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el tiempo helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

FRAY LUIS DE LEÓN

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera;
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta mi contento
si soy del vano dedo señalado?
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso!

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
del que la sangre sube o el dinero.

Despiértlenme las aves
con su cantar süave no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra mi esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa

de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un mano ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían:
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado:

El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena

los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin con voz doliente:
"¡Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura!
Mi alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel, baja, oscura?
"¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?
"El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
al cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.
"¡Ay!, ¡despertad, mortales!
Miran con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y solo engaño?
"¡Ay!, ¡levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera!
burlaréis los antojos
de aquea lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.
"¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
a aqueste trasumpto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
"Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales:
"La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor le sigue luciente y bella:
"Y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado:
"Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras dél la muchedumbre

del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro:
"¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
al alma, y de estos bienes la destierra?
"Aquí vive el contento;
aquí reina la paz; aquí, asentado
en rico y alto asiento,
está el Amor sagrado
de honras y deleites rodeado.
"Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece:
eterna primavera aquí florece.
"¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad dulces y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!"

A FRANCISCO SALINAS

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabio mano gobernada.
A cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.
Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce,
que el vulgo ciego adora:
la belleza caduca engañadora.
Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no percedera
música, que es de todas la primera.
Ve cómo el gran maestro
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado,
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordantes, luego envía
consonante respuesta;
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo,
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A aqueste bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás amortecidos.

A FELIPE RUIZ

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable, eterno asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas, do la tierra está fundada;
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,

do sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del océano y decrecen.

De do manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
do los tesoros tiene
de nieve, Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;
y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo;
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados,
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrella
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, do se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré, sin movimiento
en la más alta esfera, las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Cántico espiritual

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

Esposa

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

2. Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores,
iré por estos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

4. ¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

5. Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

7. Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

8. Mas ¿cómo perseveras,

¡oh vida!, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

9. ¿Por qué, pues ha llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

10. Apaga mis enojos,
pues ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

11. Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

13 ¡Apártalos, Amado,
que voy de vuelo!
Esposo
Vuélvete, paloma
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Esposa
14. Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,

15. la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

16. Cazadnos las raposas,

que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

17. Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran sus olores
y pacerá el Amado entre las flores.

18. ¡Oh ninfas de Judea!,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

19. Escóndete, Carrillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las compañas
de la que va por ínsulas extrañas.

Esposo

20. A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores.

21. Por las amenas liras
y cuanto de sirenas os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

22. Entrado se ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

23. Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

Esposa

24. Nuestro lecho florido,

de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

25. A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

26. En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía;
y el ganado perdí que antes seguía.

27. Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su Esposa.

28. Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal, en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29. Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que, andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.

30. De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

31. En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

32. Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas

y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

33. No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

Esposo

34. La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado;
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

35. En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido;
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Esposa

36. Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte o al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

37. Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.

38. Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día:

39. El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

40. Que nadie lo miraba,
Aminabad tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,

y la caballería
a vistas de las aguas descendía.

GÓNGORA

Mientras por competir con tu cabello
oro bruñido al sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lilio bello;
mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello,
goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o víola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas distilado,
y a no invidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,
amantes, no toquéis, si queréis vida,
porque, entre un labio y otro colorado,
Amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que, a la aurora,
diréis que aljofaradas y olorosas
se le cayeron del purpúreo seno.
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huyen del que incitan ahora;
y sólo del amor queda el veneno.

Fábula de Polifemo y Galatea

Guarnición tosca de este escollo duro
troncos robustos son, a cuya greña
menos luz debe, menos aire puro
la caverna profunda, que a la peña;
caliginoso lecho, el seno obscuro
ser de la negra noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves.

De este, pues, formidable de la tierra

bostezo, el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espacioso, donde encierra
cuanto las cumbres ásperas cabrío,
de los montes, esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.

Un monte era de miembros eminente
este (que, de Neptuno hijo fiero,
de un ojo ilustra el orbe de su frente,
émulo casi del mayor lucero)
cíclope, a quien el pino más valiente,
bastón, le obedecía, tan ligero,
y al grave peso junco tan delgado,
que un día era bastón y otro cayado.

QUEVEDO

"¡Ah de la vida!" ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la Salud y la Edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; Mañana no ha llegado;
Hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un seré, y un es cansado.

En el Hoy y Mañana y Ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera.

Mas no de esa otra parte en la ribera
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma, a quien todo un dios prisión ha sido,
venas, que humor a tanto fuego han dado,
medulas, que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada.

Nada que, siendo, es poco, y será nada
en poco tiempo, que ambiciosa olvida;
pues, de la vanidad persuadida,
anhela duración, tierra animada.

Llevada de engañoso pensamiento
y de esperanza burladora y ciega,
tropezará en el mismo monumento.

Como el que, divertido, el mar navega,
y, sin moverse, vuela con el viento,
y antes que piensa en acercarse, llega.

LOS SUEÑOS

EL MUNDO POR DE DENTRO

-- Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima a la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tan ocasión, y sabio el que la goza. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer, que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndolo todo en poco y tratándolo con desprecio. ¡Qué ojos tan hermosos honestamente! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras, esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados, guardando perlas, que la risa muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talla! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella.

-- ¿Qué más le queda a la edad que decir y al apetito que desear? --dijo el viejo--. Trabajo tienes, si con cada cosa que ves haces esto. Triste fue tu vida; no naciste sino para admirado [...] ¿Viste esa visión que, acostándose fea, se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábetete que las mujeres lo primero que se visten, en despertándose, es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran narices, no las tuvieran. Los dientes que ves y la boca era, de puro negra, un tintero, y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios, y cada uno es una candelilla. ¿Las manos? Pues lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una mujer, que ha de salir otro día a que la vean, echarse la noche antes en adobo y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y a la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿Qué es ver una fea o una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estás las mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras, no las conocerías. Y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbergues que en sus faldas, desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan a la pastilla y al sahumero o aguas de olor, y a veces los pies disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígote que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahítos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame a entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, a quien hacen poderoso nuestras necesidades, más provechosas sufridas o castigadas, que satisfechas, y verás tus disparates claros.

LA HORA DE TODOS Y FORTUNA CON SESO

LOS TABERNEROS

Los taberneros, de quien, cuando más encarecen el vino, no se puede decir que lo suben a las nubes, antes que bajan las nubes al vino, según lo llueven, gente más pedigüeña del agua que los labradores; aguadores de cuero, que desmienten con el piezgo de los cántaros, estaban con un grande auditorio de lacayos, esportilleros y mozos de sillas y algunos escuderos, bebiendo de rebozo seis o siete de ellos en maridaje de mozas gallegas, haciendo sed bailando para bailar bebiendo.

Dábase de rato en rato grandes cimbronazos de vino: andaba la taza de mano en mano sobre los dedos en figura de gavilán.

Uno de ellos, que reconoció el pantano mezclado, dijo: --"¡Rico vino!", a un picarazo a quien brindó. El otro, que, por lo aguanoso, esperaba antes pescar en la copa ranas que soplas mosquitos, dijo:

-- Este es verdaderamente rico vino, y no otros vinos pobretones; que no llueve Dios sobre cosa suya.

El tabernero, sentido de los remoquetes, dijo:

-- Beban y callen los borrachos.

-- Beban y naden, ha de decir --replicó un escudero.

Pues cógelos a todos la Hora; y, amotinados, le decían:

-- Diluvio de la sed, ¿por qué llamas borrachos a los anegados? ¿Vendes por azumbres lo que llueves a cántaros, y llamas zorras a los que haces patos? Más son menester fieltros y botas de baqueta para beber en tu casa que para caminar en invierno, infame falsificador de las viñas.

El tabernero, convencido de Neptuno, diciendo: "Agua, Dios, agua", con el pellejo en brazos, se subió a una ventana y empezó a gritar derramando el vino:

-- ¡Agua va, que vacío!

Y los que iban por las calles, respondían:

-- ¡Aguarda, fregona de las uvas!

LOPE DE VEGA

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño:
esto es amor: quien lo probó lo sabe.

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierta de rocío,
pasas las noches de invierno a oscuras?
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!
¡Y cuántas, hermosura soberana:
"Mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana!

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

ACTO PRIMERO

En el pueblo toledano de Ocaña, el joven labrador Peribáñez acaba de casarse con Casilda, y se están celebrando sus bodas con danzas y músicas. Reciben las felicitaciones de todos. Casilda manifiesta su amor al marido, y éste le corresponde con estos hermosos requiebros:

PERIBÁÑEZ
Casilda, mientras no puedas
excederme en afición,
no con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña

poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
entrando en el mar de España.

El olivar más cargado
de aceitunas me parece
menos hermoso, y el prado
que por el mayo florece,
sólo del alba pisado.

No hay camuesa que se afeite
que no te rinda ventaja,
ni rubio y dorado aceite
conservado en la tinaja,
que me cause más deleite.

Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años tan fino
como tu boca olorosa;
que como al señor la rosa,
le huele al villano el vino [...].

Contigo, Casilda, tengo
cuanto puedo desear,
y sólo el pecho prevengo:
en él te he dado lugar,
ya que a merecerte vengo.
Vive en él; que si un villano
por la paz del alma, es rey,
que tú eres reina está llano,
ya porque es divina ley,
y ya por derecho humano.

Han sacado unos novillos ensogados y los mozos se divierten con ellos. El Comendador, que pasaba por allí, ha sido derribado por un toro, y lo traen desmayado en brazos. Todos se lamentan del accidente. Ya repuesto, se retira, manifestando su gratitud a los jóvenes esposos, y súbitamente enamorado de Casilda. Continúa la fiesta. Ella pide a su marido que, el próximo día de La Asunción, la lleve a Toledo, por devoción a la Virgen del Sagrario. Él accede complacido.

En su casa, el Comendador manifiesta a su criado Luján que es irresistible su amor por Casilda. El criado le recomienda que haga regalos al matrimonio para ganar su confianza. Pero se adelanta Peribáñez a pedirle en préstamo una alfombra y un tapiz para adornar el carro en que irá con Casilda a Toledo. Antes de recibirlo, el criado Leonardo advierte al Comendador qué clase de persona es Peribáñez:

LEONARDO:
Aquí está Peribáñez.

COMENDADOR:
¿Quién, Leonardo?

LEONARDO:
Peribáñez, señor.

COMENDADOR:
¿Qué es lo que dices?

LEONARDO:

Digo que me pregunta Peribáñez
por ti, y yo pienso bien que le conoces.
Es Peribáñez, labrador de Ocaña,
cristiano viejo y rico, hombre tenido
en gran veneración de sus iguales,
y que, si se quisiese alzar ahora
en esta villa, seguirán su nombre
cuantos salen al campo con su arado
porque es, aunque villano, muy honrado.

La acción se traslada a la catedral de Toledo, donde está el rey Enrique III hablando con el Condestable. Llegan Peribáñez, Casilda y su prima Inés, que contemplan tanta magnificencia con admiración. El Comendador ha encargado a un pintor que le haga un retrato de Casilda sin que ésta se dé cuenta.

ACTO SEGUNDO

Ya de vuelta en Ocaña, Peribáñez cuenta a otros campesinos lo que ha visto y oído en Toledo: se está preparando una campaña en Andalucía contra los moros. En otra escena, Leonardo cuenta a su señor que ha enamorado a Inés, prima de Casilda, dándole palabra de casamiento, y que parece dispuesta a facilitar los amores del Comendador; en tanto, el otro criado, Luján, se ha fingido campesino y ha entrado a trabajar como segador de Peribáñez. Este se ha ido a Toledo, y él, estando todos los jornaleros dormidos, abrirá la puerta al comendador.

Llega la noche. Inés se ha quedado en casa de Casilda para hacerle compañía, y los jornaleros se duermen. Luján abre la puerta al Comendador, como estaba planeado. Casilda se ha encerrado en su habitación; se asoma a la ventana, y cree que los intrusos son dos peones:

CASILDA:

¿Es hora de madrugar,
amigos?

COMENDADOR:

Señora mía,
ya se va acercando el día,
y es tiempo de ir a segar.
Demás que, saliendo vos,
sale el sol, y es tarde ya.
Lástima a todos nos da
de veros sola, por Dios.
No os quiere bien vuestro esposo,
pues a Toledo se fue
y os deja una noche. A fe
que si fuera tan dichoso
el Comendador de Ocaña,
(que sé que os quiere bien,
aunque le mostréis desdén
y sos con él tan extraña),
que no os dejara, aunque el rey
por sus cartas le llamara,
que dejar sola esa cara
nunca fue de amantes ley.

CASILDA:
Labrador de lejas tierras,
que has venido a nuesa villa
convidado del agosto,
¿quién te dio tanta malicia? [...]
El Comendador de Ocaña
servirá dama de estima,
no con sayuelo ni grana
ni con saya de palmilla [...]
Olerá a guantes de ámbar,
a perfumes y pastillas,
no a tomillos ni a cantueso,
poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
me amase como a su vida,
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla
que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida [...]
Vete, pues, el segador:
mala fuese tu dicha,
que si Peribáñez viene,
no verás la luz del día.

Casilda despierta a los segadores, y el Comendador, colérico, huye. Peribáñez, en Toledo, visita al pintor que ha retratado a su mujer, a hacerle un encargo para la iglesia de Ocaña. Ve el cuadro, averigua quién lo encargó, y descubre así la maquinaria del Comendador. Decide regresar con urgencia a defender su honor. El Comendador, por orden del rey, pide voluntarios para formar dos compañías, una de hidalgos y otra de labradores, que acudan a combatir a los moros, y decide nombrar capitán de la segunda a Peribáñez para alejarlo de Ocaña. Éste, al llegar a casa, oye que un peón está contando esto:

La mujer de Peribáñez
hermosa es a maravilla;
el Comendador de Ocaña
de amores la requería.
La mujer es virtuosa
cuanto hermosa y cuanto linda;
mientras Pedro está en Toledo
de esta suerte respondía:
"Más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla,
que no a vos, Comendador,
con la vuesa guarnecida."

Aunque el labrador no ha dudado de su esposa, este romance cantado le reconforta. Recibe la orden de presentarse al Comendador.

ACTO TERCERO

Peribáñez se dispone a abandonar Ocaña con su compañía de labradores, y el Comendador los recibe. Peribáñez le pide que le ciñe la espada, y el prócer le hace jurar que, con ella, servirá a Dios y al rey.

PERIBÁÑEZ:
Eso juro; y de traerla
en defensa de mi honor,
del cual, pues voy a la guerra,
adonde vos me mandáis
ya por defensa quedáis
como señor de esta tierra.
Mi casa y mujer, que dejo
por vos, recién desposado,
remito a vuestro cuidado
cuando de los dos me alejo [...]
Vos me ceñisteis la espada,
conque ya entiendo de honor,
que antes yo pienso, señor,
que entendiera poco o nada;
y pues iguales los dos
con este honor nos dejáis,
mirad cómo lo guardáis
o quejaréme de vos.

La compañía labradora se marcha. El Comendador planea entrar en casa de Casilda, mientras unos músicos dan una serenata. Peribáñez, sospechando la aflagaza, regresa y se esconde, sin que Casilda lo advierta, en la habitación vecina. Por fin, el Comendador, ayudado por la traidora Inés, llega a presencia de Casilda.

COMENDADOR:
Yo soy el Comendador,
yo soy tu señor.

CASILDA:
No tengo
señor, más que a Pedro.

COMENDADOR:
Vengo
esclavo, aunque soy señor.
Duélete de mí, o diré
que te hallé con el lacayo
que miras.

CASILDA:
Temiendo el rayo,
del trueno no me espanté.
Pues, prima, ¡tú has venido!

INÉS:
Anda, que es locura ahora,

siendo pobre labradora,
y un villano tu marido,
dejar morir de dolor
a un príncipe. Que más va
en su vida, ya que está
en casa, que no en tu honor.
Peribáñez fue a Toledo.

CASILDA:

¡Oh, prima cruel y fiera,
vuelta de prima, tercera!

COMENDADOR:

Dejadme, a ver lo que puedo.

LUJÁN:

Dejémoslos, que es mejor.

A solas se entenderán.

(Se va con Inés)

CASILDA:

Mujer soy de un capitán,
si vos sois Comendador.
Y no os acerquéis a mí,
porque a bocados y coces
os haré...

COMENDADOR:

Paso y sin voces.

PERIBÁÑEZ *(escondido)*:

¡Ay honra!, ¿qué aguardo aquí?

Mas soy pobre labrador,
bien será llegar y hablarle...

Pero mejor es matarle.

(Sale con las espada en la mano.)

Perdonad, Comendador,
que la honra es encomienda
de mayor autoridad. *(Lo hiere.)*

COMENDADOR:

¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Piedad!

Peribáñez marcha con Casilda. El criado Leonardo halla malherido a su señor.

LEONARDO:

¡Herido! ¿De quién?

COMENDADOR:

No quiero
voces ni venganzas ya.
Mi vida en peligro está,

sola la del alma espero [...]
No es villano, es caballero,
que pues le ceñí la espada
con la guarnición dorada,
no ha empleado mal su acero.

El Comendador muere, y Peribáñez mata también a Inés y a Luján. Después, marcha con Casilda a Toledo, donde está el rey, el cual se encoleriza cuando el Condestable le informa de que el Comendador de Ocaña ha sido muerto por un villano, y ofrece mil escudos de renta a quien entregue al matador. Peribáñez se presenta ante los reyes con su mujer:

PERIBÁÑEZ:

Yo soy un hombre,
aunque de villana casta,
limpio de sangre, y jamás
de hebrea o mora manchada.
Fui el mejor de mis iguales,
y en cuantas cosas trataban
me dieron primero voto,
y truje seis años vara.
Caséme con la que ves,
también limpia aunque villana,
virtuosa, si la ha visto
la envidia asida a la fama.
El Comendador Fadrique,
de nuestra villa de Ocaña
señor y Comendador,
dio, como mozo, en amarla.
Fingiéndome que por servicios,
honré mis humildes casas
de unos reposteros, que eran
cubiertas de tales cargas.
Diome un par de mulas buenas,
mas no tan buenas que sacan
este carro de mi honra
de lodos de mi infamia.
Con esto intentó una noche
que ausente de Ocaña estaba,
forzar mi mujer, mas fuese
con la esperanza burlada [...]
Advertí mejor su intento,
mas llamóme una mañana
y díjome que tenía
de Vuestras Altezas cartas
para que, con gente alguna,
le sirviese esta jornada.
En fin, de cien labradores
me dio la valiente escuadra;
con nombre de capitán,
salí con ellos de Ocaña,
y como vi que de noche

era mi deshonra clara,
en una yegua, a las diez,
de vuelta en mi casa estaba [...]
Hallé mis puertas rompidas
y mi mujer destocada,
como corderilla simple
que está del lobo en las garras.
Dio voces, llegué, saqué
la misma daga y espada
que ceñí para servirte,
no para tan triste hazaña.
Paséle el pecho, y entonces
dejó la cordera blanca,
porque yo, como pastor,
supe del lobo quitarla.
Vine a Toledo, y hallé
que por mi cabeza daban
mil escudos; y así quise
que mi Casilda me traiga.
Hazle esta merced, señor,
que es quien ahora la gana,
porque, viuda de mí,
no pierda prenda tan alta.

REY (*a la reina*):
¿Qué os parece?

REINA:
Que he llorado,
que es la respuesta que basta
para ver que no es delito,
sino valor.

REY:
¡Cosa extraña!
¡Que un labrador tan humilde
estime tanto su fama!
¡Vive Dios, que no es razón
matarle! Yo le hago gracia la vida.

Confirma a Peribáñez como capitán de los labradores, ordena entregar los mil escudos a Casilda, a la cual también regala vestidos de la reina, "porque andéis con galas / siendo mujer de soldado".

PERIBÁÑEZ:
Senado, con esto acaba
la tragicomedia insigne
del *Comendador de Ocaña*.